



FABRICIO

Juan José Barreto González

FABRICIO

Juan José Barreto González

FABRICIO
Juan José Barreto González



Colección Claves

Ediciones **MinCI**

Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información
Final Bulevar Panteón, Torre Ministerio del Poder Popular
para la Comunicación e Información. Parroquia Altigracia, Caracas-Venezuela.
Teléfonos (0212) 802.83.14 / 83.15
Rif: **G-20003090-9**

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Jorge Rodríguez

Vicepresidente Sectorial de Comunicación y Cultura (E)

Harim Rodríguez

Viceministro de Planificación Comunicacional

Gustavo Cedeño

Director General de Producción y Contenidos

Kelvin Malavé

Director de Publicaciones

Edición y corrección de textos/ **María Aguilar , Ricardo Romero**

Diseño y diagramación/ **Luis Manuel Alfonso**

Depósito Legal: **DC2018001113**

ISBN: **SBN: 978-980-227-400-0**

Edición digital en la República Bolivariana de Venezuela

Junio, 2018

FABRICIO

Juan José Barreto González



FABRICO

NOTA BIOGRÁFICA

De Fabricio Ojeda se pueden decir muchas cosas. Antes que nada hay que mencionar que fue un apasionado luchador social, un incansable protector de su pueblo, un sacrificado revolucionario. Nace en el estado Trujillo, en la hermosa localidad de Boconó un 6 de febrero de 1929. Desde muy joven se incorporó a la vida política, desde sus años de estudios y desde que inició su carrera de Periodismo en la Universidad Central de Venezuela. Siendo reportero en medios como *El Nacional*, también ejerció la docencia. Pero su pasión, sin duda alguna, fue la política, su sensibilidad social lo empujó a promover el cambio y la transformación de la realidad. Fue miembro de la Unión Republicana Democrática, partido del que después se distanció porque luego de haber combatido contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, la organización política terminó como aliada del Pacto de Punto Fijo. A pesar de haber sido elegido diputado por esa tolda y luego de haberse manifestado abiertamente admirador de Fidel Castro y la Revolución cubana, Fabricio renuncia a su investidura en el Congreso Nacional y anuncia que se va para la lucha

armada en contra del despótico régimen de Rómulo Betancourt. Es fundador de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) bajo el lema “Hacer la patria libre o morir por Venezuela”. Luego de varios intentos de insurrección armada, logran apresararlo y le hacen un consejo de guerra, lo condenan a 18 años de presidio y en septiembre de 1963, Fabricio logra fugarse de la Cárcel Nacional de Trujillo. El comandante Fabricio Ojeda consciente de que la lucha también es espiritual, escribe y es publicado en Cuba su libro *Presencia revolucionaria de Martí* mientras él se encontraba en plena insurgencia guerrillera. Fabricio es detenido en junio de 1966, por los Servicios de Información de las Fuerzas Armadas (SIFA) y el 21 de junio anuncian que el gran luchador amaneció ahorcado, alegando que fue por causa de suicidio, aunque la opinión pública consideró para la época que fue vilmente ajusticiado. Fabricio Ojeda es un mártir y ejemplo para todos los revolucionarios, una inspiración para aquellos que permanecemos de pie en la lucha de clases combatiendo al lado de los oprimidos.

FABRICIO

“Nació el 6 de febrero de 1929”: así comienza la famosa *Cantata a Fabricio Ojeda*, imperecedero homenaje a este héroe de la Liberación Nacional. “El 21 de junio de 1966 le dieron muerte, le arrancaron el aire, le ahorcaron su vida”. Tres meses antes, desde el Campamento Venus, en marzo, terminaba de escribir este libro necesario. Las teclas de su máquina de escribir son una danza de verdades históricas más allá que una justificación sobrada de la guerra del pueblo. Me imagino a Fabricio, en el vientre de las montañas de Venezuela, con el fusil al lado, escribiendo, como ningún otro, los argumentos que caracterizan las luchas en nuestro país. Con una suavidad guerrera sus dedos van “tecleando” la historia desde 1810. Ya había escrito la famosa carta de renuncia al Congreso Nacional, donde abofetea la falsa legalidad democrática, ya en trauma poco después del 23 de enero de 1958. Unas cuantas páginas eran guardadas en una bolsa plástica para protegerlas de la humedad. La cinta de carrito marcaba palabras fundamentales...

La lucha por la independencia, derecho inalienable y mandato expreso en la Declaración del 19 de Abril de 1810, en el Acta del 5 de Julio de 1811 y en la Constitución Nacional del 23 de enero de 1961, ha experimentado cambios trascendentales. Su proyección de gran empresa está presente en el ánimo de una vanguardia revolucionaria, que la convierte en vivencia nacional y la agita como bandera desplegada en las manos de sus integrantes.

Una de las cuestiones que mayormente enfatiza Fabricio, a partir de la ruptura de “las reglas establecidas, el límite impuesto”, reglas y límite que sabiamente denomina “revolución permitida”, es la necesidad de tener una concepción del poder, ausente para él en las jornadas de enero de 1958. Carecer de una mentalidad de poder significa creer que los adversarios de la transformación van a permitirla, “que hay todavía posibilidades de conquistar la liberación nacional por vía del sufragio”. El tamborileo de las teclas se acelera mientras el viento silba canciones de esperanza:

Abandonar el campo reformista y tomar el revolucionario significa decidirse a luchar sin temor alguno, tener seguridad de la victoria y desafiar, cual David, al gigantesco poderío reaccionario, como lo han hecho

todos los verdaderos revolucionarios
de la historia.

Recuerdo cómo estas frases retumbaban en los techos de las casas de los barrios cuando los muchachos de Ruptura, herederos de la fibra fabriciana, escenificábamos la Cantata, perseguida por los herederos de Pérez Jiménez y Betancourt. Abandonar las reglas y comodidades de la revolución permitida y desafiar al poderío gigantesco de una oligarquía petulante y proimperialista, llevan a Fabricio a profundizar sus respuestas dentro del proceso en que vive y se expone con una radicalidad brillante y entusiasta, chocando de frente contra las fuerzas opresoras. Darle muerte a Fabricio significaba para los seres de la oscurana histórica atajar un proceso que se abría en el horizonte de la Patria. Era darle impulso a las ideas fatalistas, derrotarlo arrancándole el aire, no dejarlo volar en el espíritu libertario de un pueblo buscante de salidas a su “crisis de pueblo”, como lo describía Mario Briceño Iragorry¹, otro trujillano, al que Fabricio venera respetuosamente, cita con frecuencia en su libro y llama “ilustre

1 Nació en la ciudad de Trujillo el 15 de septiembre de 1897. Uno de los intelectuales más importantes del país. Estudió Derecho, ejerció el periodismo, fue director del Liceo “Andrés Bello”, cónsul en la ciudad de Nueva Orleans. En 1928 fue designado presidente del estado Carabobo y Secretario de la Universidad Central de Venezuela. Fue ministro plenipotenciario en Centroamérica. Fabricio Ojeda lo menciona como uno de sus mentores intelectuales. Muere el 6 de junio de 1958, sus restos reposan en el Panteón Nacional.

cruzado antiimperialista”. En la Introducción de *La Guerra del Pueblo* ya ha escrito:

La influencia de las ideas reaccionarias en el seno de los pueblos es el lógico producto del control que ejerce el imperialismo y la gran burguesía intermediaria sobre todos los medios de divulgación y propaganda, que mantienen en sus manos como consecuencia del control mismo del poder político.

Y desmonta con su palabra teclada al poderío dominante:

Este tiene a su alcance los mínimos y elementales instrumentos para modelar mente y conciencia. Dispone de la prensa, la radio, la televisión, el cine; de escritores, dirigentes políticos, parlamentarios, historiadores, sociólogos, etc., que a través de todas sus zonas de influencia y sus manifestaciones públicas, tergiversan acontecimientos, deforman realidades y construyen un mundo artificial que, con ayuda del aparato coercitivo del Estado, meten por ojos y oídos a todo el pueblo.

Así, Fabricio Ojeda sintetiza la verdadera revolución como el choque frontal y no en el esquivo histórico contra las fuerzas de este poderío opresivo, en un país dependiente como Venezuela, y desenmascara “el terrorismo ideológico

del imperialismo” y de sus clases serviles, que pretende indicar la manera de hacer la revolución y su cauce: la revolución permitida, pues, debe ser confrontada por la verdadera guerra del pueblo en un momento histórico que exige coraje, claridad política y organización de los revolucionarios.

Fabricio mira con alegría respetuosa a sus compañeros de armas liberantes, piensa en los obreros y estudiantes asesinados durante los gobiernos de Rómulo Betancourt y Raúl Leoni, en la violada Constitución de 1961 que firma como diputado al Parlamento, en los campesinos combatientes, en el tiempo por venir, en las “dificultades transitorias” y en quienes creen en las soluciones fáciles. El son de las teclas retumba en las montañas, años después, la voz del muchacho rebelde con causa se levanta sobre flautas y guitarras: “Cada combatiente de la guerra del pueblo debe estar imbuido de esta idea: solo la lucha diaria, constante y sistemática en todos los terrenos, podrá conducir a la victoria”. ¡A la Victoria!

Fabricio es fibra de dignidad, es heroicidad. Hombría y pensamiento, desprendimiento y sacrificio. Se empeña en salvar la Patria como hijo de la hondura del compromiso. Conoce la historia de su país y se sabe de un lado. Desde muy joven siente el fervor de los sueños. Transita un buen rato la política de URD, y de buena fe cree que el país “tenía reservada una inmanente situación de dependencia”. Rompe amarras

intelectuales y comprende que existe un camino “distinto al de la sumisa aceptación” de lo que ha llamado en este libro la “revolución permitida”, describiendo que ve revelarse “la necesidad del poder político en manos del pueblo”. Repasa con atención el discurso de Mario Briceño Iragorry pronunciado en el Nuevo Circo de Caracas en noviembre de 1952.

Fabricio considera necesario “estudiar los males que padece la nación”. Coloca una nueva página en su pequeña máquina de escribir mientras la tarde recae sobre el occidente venezolano. Quiere continuar escribiendo lo que catorce años atrás había vaticinado:

Ilustre cruzado antiimperialista: no es por ello obra de resentidos, ni ridícula labor de majaderos levantar la voz contra el peligro que nos viene de afuera y contra el extremo peligro que representa en lo interior la conducta antipatriótica de los pitianquis. Necesario es vocearlo y repetirlo: el nuevo invasor no penetra donde tropieza con voluntades recias que le cierran las puertas de las ciudades. El imperialismo empieza por corromper a los hombres de adentro. A unos, por unirlos a su comparsa de beneficios, a otros por borrarles la imagen de la propia nacionalidad.

Este libro no solo es un legado que nos deja una estirpe de guerreros del pueblo venezolano. Es también una condición para comprender la devoción en la claridad y la valentía humana, una lámpara encendida siempre a lo largo de nuestra historia. En marzo de 1966 Fabricio termina de escribir *La Guerra del Pueblo*. El 21 de junio de 1966 le arrancaron el aire. Los sempiternos herederos de Caín creían haberle asesinado. Una vez más se habían equivocado.

Tenía yo apenas seis años cuando asesinaron al trujillano heroico. Diez años después, en 1976, participé en el primer homenaje que se le hiciera en Boconó, su ejido natal. El Comité 21 de Junio seguía alimentando la lámpara encendida. Días después de este evento es cobardemente asesinado Jorge Rodríguez, dirigente nacional de la Liga Socialista. Los xxiv poseídos por Caín, los seres de la lujuria, seguían abriendo las puertas de las ciudades al gigante de las siete leguas. Sin embargo, los “siete gatos” seguían imbuidos en la idea de la lucha diaria, constante y sistemática. La rueda del tiempo trae al recuerdo nombres, y hechos pegados a esos nombres. Detrás de mí un afiche del Che con la canción de León Gieco *Solo le pido a Dios*. También Bolívar con su rostro de hidalgo de sueños. Debajo una fotografía de Orestí Borjas con una frase escrita por R. Moncayo “cuando te partieron el corazón nos lo partieron a todos”.

Este libro –tecleo en la computadora en casa de mi hermano de siempre– le pertenece a ese lado luminoso de Venezuela capaz de asumir de frente el choque contra las oscuras fuerzas de la dependencia. En un brazo Fabricio lleva su máquina de escribir, arma de tinta para espantar reformistas. En el otro, su fusil de sueños, disparando a la oscurana. Los hombres de “conciencia intranquila” usan los dos brazos, pero ambos sin ambages, en una sola dirección: la de su conciencia libre. Fabricio postula un camino distinto, y antes de escribir ese día se ha tomado un café cerrero. El miedo no le espanta, se ha decidido por el “cambio sustancial”. Fabricio Vive.

BIBLIOGRAFÍA

Ojeda, F., (2013), *¡Luchar hasta vencer! La guerra del pueblo y otros documentos*, Caracas, Venezuela, Fondo Editorial Willian Lara.

FABRICIO

De Fabricio Ojeda se pueden decir muchas cosas. Antes que nada hay que mencionar que fue un apasionado luchador social, un incansable protector de su pueblo, un sacrificado revolucionario. Fabricio Ojeda es un mártir y ejemplo para todos los revolucionarios, una inspiración para aquellos que permanecemos de pie en la lucha de clases combatiendo al lado de los oprimidos.

Juan José Barreto González (Trujillo, Venezuela-1960)

Licenciado en Educación Castellano y Literatura (1986) con una Maestría en Literatura Latinoamericana (1990). Ha publicado artículos en revistas nacionales y extranjeras e igualmente ha participado en numerosos congresos. Es profesor asociado y prepara la publicación del libro *De Palabrarío y otros instantes*. Dos de sus libros ya publicados son *Región Poética* (2003) y *Espero igual Espero* (2004). Desde el 2002 coordina el programa de Maestría en Literatura Latinoamericana del NURR-ULA.